



LAS GRACIAS DEL RETIRO PARA EL RELIGIOSO

Estote perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est.
«Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.»

Aquí tenéis, en pocas palabras, todo el Evangelio; aquí tenéis el objeto de la venida de Jesucristo, el fin de toda vida cristiana: lo que además de esto contiene el Evangelio, es para indicar los caminos y medios para llegar á este fin. Ser perfecto como Dios, santo como lo es Dios: he aquí el objeto á que todos los esfuerzos deben dirigirse, con el bien entendido de que nunca se le alcanza por manera que dé derecho para detenerse y descansar; pues aunque todo aquí abajo tiene su término, la perfección carece de él, supuesto que es una participación de la santidad de Dios, que es infinitamente santo.

Grandes dificultades hay para conseguir la santidad en el mundo, aun para los dotados de voluntad más generosa, y entre ellas figuran los tan peli grosos daños de estar uno abandonado á sí mismo y vivir absorbido por el trabajo, las necesidades de la existencia y las ocupaciones que impone la propia

condición ó la voluntad, aparte de que casi siempre se desconoce el camino que hay que seguir.

¡Felices aquellos á quienes Dios, por su misericordia, llama á la vida religiosa, los separa del mundo y de sus riesgos, les franquea una senda de seguridad, les da medios probados y eficaces, y emplea todos los recursos de la caridad más activa para facilitarles la perfección y santidad!

En la vida religiosa cabe tomarse tiempo para pensar en el alma; no hay temor de interrumpirlo todo, de apartarse de cualquiera obra, aun la más calificada, para dejar al religioso tiempo para que se reconozca y piense únicamente en sí y en el negocio magno de su salud y perfección. Gracia insigne es la de tener tiempo, medio y facilidad de dejarlo todo para encontrarse en presencia de Dios únicamente y de sí mismo: tal es la gracia del retiro, gracia de renovación con la cual se ponen las cuentas en limpio, escudriñanse los más íntimos repliegues de la conciencia, los más secretos motivos de las propias acciones para limpiarlas de toda esa herrumbre espiritual, denominada rutina, que se pega en las almas, sin que éstas se den cuenta, igual que ciertos moluscos en los costados del buque, agravándola y retrasando su marcha y vuelo hacia Dios. Ahora bien: tres son los principales medios de interna renovación que el retiro os proporciona.

I.—El retiro purifica al alma del pecado, y más que nada del hábito y afecto del pecado.

Viajáis por una carretera en que el viento levanta polvo sucio, que cae sobre vosotros, y sin que lo notéis se os pega y quedáis con él manchados.

Harto sé que cada noche nos examinamos dili-

gentemente; pero ¿es suficiente quitar el polvo más grueso y visible? ¿Acaso no es verdad que, si con atención se mira, encuentra uno en su alma pecados veniales, sí, pero antiguos é inveterados, y que allí se han hecho fuertes, no obstante los exámenes diarios?

En su mayor parte quedan olvidados hasta en la confesión, y no se piensa en obtener por otros medios el perdón de ellos que permanecer en nosotros en estado habitual, sin que siquiera nos llamen la atención, pues hasta nos parece que forman parte de nosotros mismos; estando uno tanto más expuesto á no librarse de esos acostumbrados pecados veniales, cuanto más regular aparece exteriormente la vida. Estudios á la luz del retiro y encontraréis ciertos hábitos de flojedad, amor propio, negligencia, ímpetus de carácter, intemperancias de lengua, tan arraigados en vosotros que reincidís en ellos constantemente, con facilidad, en la ocasión más ligera, como si fuese la cosa más llana y hacedera del mundo; pudiera decirse que desempeñáis una función de vuestra vida. Mas si no conocéis la causa de estos pecados, ni jamás descubristeis sus raíces, ¿cómo podréis libraros de ellos?

El retiro os provee de luz más viva, que os descubrirá ante vosotros mismos, os revelará vuestras propias honduras, y manifestándoos las causas, os permitirá cortar el mal por su raíz y, por último, sanar de él. La luz, la luz divina que penetra en nuestras más ó menos involuntarias obscuridades y que nos purifica, es el bien más notable del retiro, porque todo estriba en ser puro. Para el cielo no se pide más que pureza; pues aunque allí se entra con santidad más ó menos adornada de virtudes, y con

oración más ó menos realizada, sin la pureza nadie entra, y todos tienen bastante con la pureza del alma.

¿Cómo recibiréis la luz purificadora del retiro? ¿Internándoos en exámenes atentos, minuciosos, y reconcentrándoos en vuestra conciencia como el sabio que estudia con su lente los minúsculos insectos del agua ó del aire? Serios, sinceros y severos han de ser esos exámenes; pero yo os invito á que especialmente os pongáis, para efectuarlos, á la luz de Dios, á que entréis en el sentimiento de la delicadeza, del amor y de la piedad filial para con Dios; no os encerréis de manera que no podáis obrar ni remover dentro de vosotros mismos, sino id hasta nuestro Señor Jesucristo, mirad qué es lo que su amor os pedía y lo que todavía quiere pedirnos, á pesar de vuestras obstinadas negaciones; escuchad con atención lo que os responde; ved á qué altura estáis en vuestras obligaciones de amor para con Él, pero haced todo esto con verdadero deseo de remover el obstáculo y de efectuar todo lo que sea menester para llegar á ser puro. Pensad bien en ello; porque en la hora de la muerte casi no se piensa en los propios méritos y virtudes, sino que con terror preguntase uno si ha sido puro y si lo es en suficiente grado para comparecer en la presencia del Dios de la pureza.

II. La segunda gracia del retiro consiste en renovarnos en el espíritu de fervor.

Es un axioma seguro que el alma, por sí misma, ya de continuo disminuyendo en piedad, como el fuego que á sí propio se consume y tiende siempre á extinguirse, aun cuando arde entre sus más vivas llamas; igual que sobre el campo de batalla, mien-

tras no matan á uno, éste tiene que fatigarse, hasta en el acto de vencer y allí consume fuerzas, al mismo tiempo que el vencedor se toma tiempo para rehacer sus tropas mientras descansan.

Los ejercicios y combates de la vida espiritual gastan las fuerzas del alma, y hay que procurarle reposo para que de nuevo se temple; lo cual es sobre todo necesario en una vida activa en que el alma consume mucho más de sí misma en difundir á su alrededor la caridad. Y con mayor razón valdrá para esto lo que es verdad que les pasa á los demás religiosos: que sólo por ocho días abandone un religioso sus ejercicios de vida interior, sus rezos, su oración, su oficio, en una palabra, su vida piadosa, y ya veréis lo que al cabo de este tiempo llega á ser, si es que por ventura no se ha perdido ya completamente.

¡Arcas de aguas somos nada más, y no muy hondas! No está la fuente en nosotros; por lo que si queremos derramarnos, hay que atender á recibir de otra parte, á menos de quedar muy pronto en seco. ¡Ah! Vosotros especialmente que dáis mucho á los demás, y os gastáis en tantas obras, principiad por llenaros bien; sed primeramente santos, y en seguida iréis á santificar á los demás; glorificad á Dios en vosotros mismos primero, y luego iréis á glorificarle en los demás!

Jesucristo oró mucho tiempo y ayunó antes de comenzar su misión exterior; y aunque los Apóstoles invirtieron cincuenta días en orar antes de esparcirse por el mundo, después de su primera misión, nuestro Señor los retiró al desierto, á pesar de que aquélla duró muy poco.

Miremos muy atentamente si, en vez de gastar

los intereses del capital, echamos mano á los fondos, comiéndonos á la par capital y rentas, lo cual es arruinarse.—¿Lleváis siempre la cabeza por encima de las aguas de vuestras ocupaciones habituales? ¿Domináis vuestros trabajos? ¿Váis llevados, arrebatados, ó bien conducís vuestras vidas bajo la mirada y el imperio de la gracia de Jesucristo?

Cuantas más cosas santas se hacen, mayor necesidad hay de reconcentrarse con frecuencia, de escudriñarse el corazón y de sondear uno su fondo.

Yo no os digo que pongáis ante vuestros ojos vuestras virtudes para complaceros en ellas, ni que las examinéis con orgullo, ni que enumeréis vuestros méritos; pero el temor de caer en la complacencia propia y en el contentamiento de vosotros mismos no ha de ser causa que os impida estudiaros y daros exacta cuenta de vuestra posición.—¿La domináis? ¿La sobrepujáis?—Si es así, ¡Dios sea loado! Todo va bien, sois un serafín; id, volad hacia Dios: ¿qué hacéis en la tierra? ¡Aquí ya nada tenéis que hacer!—Pero, de veras, ¿podéis decir que sí?

III. Por último, el retiro os prepara una gracia mayor que todas las expresadas, y que por lo general no se menciona bastante. ¿Y cuál es esa gracia?

La de gustar de Dios en comunidad, en familia, en la reunión de los hermanos, agregados todos alrededor de su padre. Un religioso hace profesión de inmolarse para Dios por amor: su perspectiva ordinaria es el sacrificio, la lucha, la muerte en la cima del Calvario: todo esto es sombrío y enristecedor: se trata siempre de nuevos esfuerzos, de nuevas fatigas.

Pues bien: el retiro llega para daros el tiempo y la gracia de gozar de Dios; de todas partes habéis

venido á reuniros aquí; estáis en familia; el retiro os hará disfrutar de la dulzura de la caridad fraterna, que en él encontrará nuevos lazos más íntimos y estrechos.

El religioso tiene sus gracias individuales, pero Dios le reparte todavía gracias de comunidad. Recibe las primeras como elegido por Dios para santificarse con la fidelidad personal; recibe la segunda como miembro de un cuerpo que Dios para sus designios ha formado en la Iglesia. Ahora bien: estas gracias vienen de Jesucristo á nosotros por el conducto del Superior. Las gracias siguen un orden establecido por Dios, cierto orden jerárquico: descienden del Jefe universal, que es Jesucristo, á los jefes secundarios, que las distribuyen entre los miembros. Así, las gracias de la Pentecostés detuviéronse primero en María, la causa más extensa de la gracia después de Jesucristo, y en seguida colmaron á los Apóstoles; las gracias que toda la Iglesia recibe le son transmitidas por el Papa, su Cabeza visible: de igual modo todas las gracias de una sociedad pasan por el Superior, para desde él propagarse por todos los miembros del cuerpo; esto es lo que constituye la unidad de espíritu, basada en la unidad de gracia.

Pues bien: el retiro os coloca en perfecta comunicación para recibir las gracias de espíritu, de vocación, de cuerpo y de sociedad, vuestras gracias religiosas, relacionándoos á todos con vuestro Superior y uniéndoos con él más directamente. Puede en general decirse que dentro de los cuerpos religiosos no se tiene bastante fe en la gracia del Superior; se cree desde luego que representa á Jesucristo, y por espíritu de fe se quiere en su persona obedecer y honrar á Jesucristo; pero además, hay que tener fe

en su gracia, es decir, en ese poder que tiene de comunicar la gracia á todo el cuerpo y de darle la unidad de espíritu en que están su fuerza y su santidad como cuerpo religioso.

En esta unión de los hijos en torno de la mesa paterna es donde Dios va á comunicarse á cada uno de vosotros con ternura, bondad y dulzura. Sí: este retiro debe ser la Pentecostés del amor. Para que de él salgamos fortificados y dispuestos á reanudar con alegría nuestro trabajo diario, es menester que en aquél hayamos gustado de Dios, y que en él Éste nos mime como en su ternura una madre.

¡Ay! ¡Triste es decirlo! Somos tan miserables, que tenemos miedo de la bondad de Dios; miedo de gustarla demasiado, miedo de dejarnos anegar y sumergir en ella. De buena gana quiere verse la santidad, la verdad, hasta la misericordia de Dios; porque todo eso deja todavía entre Dios y nosotros cierta distancia y nos da tiempo, por decirlo así, para evitarle y no dejarnos llevar de Él; todavía nos deja en poder de nosotros mismos, que tememos dejar de pertenecernos, porque ya entonces no podríamos entregarnos todavía un poco al mundo ó al amor propio.

¿Luego es que huimos de Dios, que en su bondad y ternura, en sus efusiones inefables, estrechándonos contra su corazón, nos hace gustar su amor en perfecta unión con Él? ¡Ah! Sí; pero contemos con que si Dios llega á entrar alguna vez en nosotros y nos llena de su bondad, si se deja bien sentir, si alguna vez nos hace romper en lágrimas de amor y reconocimiento, ya es cosa hecha, no somos nuestros, caemos en el lazo de su amor, sin que podamos ya salir de él: ¡es preciso entregarnos incondicionalmente!

Nos arroba en su ternura, llévanos en sus brazos, y heridos en el corazón, ya no tenemos más que estas palabras: «Señor, ¿qué queréis que haga? ¡Soy todo vuestro para siempre!»

El amor es arrebatador, da alas, incendia el alma. ¡Ah! sí; dejad que Nuestro Señor os haga dichosos!

Con que una vez lo haga, seréis suyos por completo. A quien en medio del mundo quiere preservar su corazón, se le dice: ten cuidado de no llorar jamás y de no dejar que se lllore en tu presencia; porque entonces rendirías toda tu fuerza y dejarías ya de pertenecerte.

Mas aquí se trata de Dios, de Jesucristo; ¡ah! ¡Dejad que os embriague con su ternura y que con su amor os arrebathe!

Poneos bajo la protección de María, si queréis que vuestro retiro resulte bueno: ella es la Madre de las almas interiores y administra los tesoros secretos de la bondad de Jesús: ¡que os los haga gustar con abundancia; que os consiga luz sobre vosotros mismos; una luz limpia, sana y viva, que sea capaz de enardecer el corazón y de encender la llama expansiva de la voluntad!

El servicio de Dios.

I. Debemos servir á Dios, porque somos su criatura y sus bienes. Aunque Dios nos da la libertad, no es su ánimo desprenderse de sus derechos en cuanto á nosotros, que le pertenecemos y somos bienes suyos, por lo que, si intentamos recuperarnos por la desobediencia, que es un verdadero robo de los bienes de Dios, una negación de sus derechos, equivale á declarar á Dios la guerra. Como Dios en-

tonces debe afirmar de nuevo su derecho de posesión, lo efectúa por el castigo; pues si dejase impune la rebelión, dejaría de ser Dios.

Nada hace Dios sin objeto: luego al darnos inteligencia, corazón y voluntad lo hace para ponernos en capacidad de conocerle, amarle y servirle. ¡Cuánto nos honran estos fines!

La grandeza de la gracia cristiana y el más brillante testimonio de la infinita condescendencia de Dios están en querer hacernos capaces de amarle y recibir nuestro amor. Porque el inferior no puede aspirar á amar al que se halla por encima de él, ya que el amor supone ó promueve la igualdad y liga á las dos partes; ¿y cómo podrá Dios consentir en ser nuestro igual, si no es por su amor de condescendencia? Dios lo quiere; quiere mucho que le amemos, con lo cual se obliga para con nosotros. Sí: ya es seguro, no temerá llegar hasta lo último en este camino de misericordia, y se hace verdaderamente nuestro igual encarnándose, enviando á su Verbo para que sea igual á nosotros.

Pero al mismo tiempo que en el Verbo se abate hasta nosotros, en la humanidad del Verbo nos eleva hasta Él; de modo que en JESUCRISTO nos ama infinitamente, y también nosotros podemos en JESUCRISTO, y por sus méritos, amarle infinitamente. Amándole, necesariamente le servimos, porque no podemos amarle sin conocerle, y este conocimiento produce la necesidad de servirle, porque nos le muestra como Dios nuestro Señor y Maestro, y nos coloca en nuestro rango de criaturas, que le deben tanto cuanto son y tienen.

Así es que la necesidad de servir á Dios dimana, como el efecto se deriva de su causa natural, del co-

nocimiento de lo que Dios es y de la gracia de amar que nos concede.

Mas ¿cómo servir á Dios del modo que merece, y qué motivos deben animarnos á servirle bien?

II. Primeramente, un deber de justicia nos sujeta á la ley positiva en todo lo que pida, y esta ley se sobrepone á todas las voluntades particulares.

De suerte que, primero la ley de *Dios*, el Decálogo, luego las leyes de la Iglesia, todas sus leyes, y por último las leyes de nuestro estado: aquí tenéis el testimonio de la voluntad de Dios. Estas leyes tienen que sobreponerse á todos los deberes de supererogación que nosotros mismos nos hemos impuesto.

¡Ay! Con el pretexto de hacer más, ¡cuántos infieles hay que, aparentando consumirse pasando de los límites que se les han señalado, quebrantan realmente la ley! ¡Cuántos pecados contra la sencilla ley de justicia!

Fundad vuestra santidad sobre esta firme roca: el primer fundamento de vuestra vida religiosa sea la observancia exacta y rigurosa de la ley positiva y de la ley de justicia, porque la vida religiosa que sujeta á los consejos, no dispensa de la ley común. Vuestros deberes aumentan, pero también las gracias; es menester seguir los consejos sin omitir la ley.

El Señor, en su misericordia, ha prometido una recompensa para los que cumplan con la justicia; tiene derecho á que, por ser quien es, se le sirva sin retribución alguna; pero quiere multiplicar las formas de su amor, y después de poner en nosotros su amor para que podamos merecer, lo corona en nosotros por las obras que El ha hecho.

De esta manera amados y prevenidos, ¿no haremos

por Dios lo que haríamos por los hombres?—Luego si yo no lo he hecho, soy un miserable: ¡he preferido el demonio, la vanidad, al servicio de Dios! Acaso lo haríais sin advertencia; pero esa es una pobre excusa, porque la ignorancia no da derecho para insultar á Dios.

III. Hay que servir á Dios, porque en ello está nuestro interés; porque toda nuestra ganancia estriba en este servicio, y porque su recompensa será magnífica. — También aquí aparece la bondad de Dios, que hubiera podido exigir á su criatura un servicio absoluto, sin ninguna recompensa: pero no; quiere que su mismo servicio nos sea útil, y que, sirviéndole, trabajemos todavía más en provecho nuestro que para El. En efecto: sus leyes, al mismo tiempo que preceptos que cumplir, nos dan auxilios sobrenaturales, nos levantan y suplen nuestra natural indigencia. ¡Háccenos felices en este mundo y en el otro; aquí abajo nos constituyen en el orden, en la paz y en la ventura que de la paz resulta, ocasionan los bienes espirituales que entre estos dones florecen, y después de esta vida nos dan la divina bienaventuranza sin fin: tanto es verdad que el servicio que Dios nos pide nos aprovecha más que á El! Y á pesar de todo eso, ¡ni siquiera por interés se le sirve! ¡Se quiere á todo trance poder abusar de la propia libertad y menospreciarse las magníficas promesas de Dios! Se corre para conseguir un beneficio, dice la *Imitación*, y ni siquiera levantar un pie se intenta para alcanzar el reino de Dios: ¡oh ceguedad de la ingratitud!

IV. Mas hay que servir á Dios por amor. Servirle por interés es bueno, pero no es perfecto.—Dios es nuestro Padre; sirvámosle como hijos, con amor

que no calcula ni espera cosa alguna, sino que se da por necesidad de su corazón, para pagar amor con amor. — ¿Se ha visto que los hijos pidan salario por los servicios que prestan á sus padres? El amor filial no quiere más recompensa que amar y sacrificarse por gratitud.

Cuando la guerra de Crimea vi acercarse á mí un soldado que deseaba confesarse antes de embarcarse; el alistamiento no le había comprendido, y marchaba de voluntario: se había vendido para mantener á sus ancianos padres; y tan natural le parecía todo aquello que, según me decía, no había hecho más que su deber, y partía lleno de tranquilidad. Ahí tenéis lo que puede el amor filial; y si tanto obtienen los padres y hermanos, ¿no haremos lo mismo por Dios? ¿No logrará ese Padre de absoluta bondad excitar en nosotros un amor filial, generoso y desinteresado?—¡Harto vergonzoso sería eso para nosotros!

Acaso digáis que todo lo habéis dejado por su amor; bien está, pero examinad si en realidad lo habéis dejado todo perfectamente.

Sirvamos, pues, á Dios, pues esto es de justicia; dispongámonos á reparar, y cuanto más le hayamos ofendido, más rigurosamente debemos observar sus leyes desde ahora.

Sirvámosle por interés, á fin de hacer por El, en adelante, tanto, por lo menos, como otras veces hicimos por nosotros.

Sirvámosle sobre todo por amor como á Padre, Amigo y Salvador nuestro, para darle un poco de nuestro amor á cambio del infinito amor que nos ha mostrado y de que aún nos colma cada día.

El estado religioso.

El estado religioso es, con el episcopado, el estado de perfección en la Iglesia. Entre ellos existe la diferencia de que el Episcopado supone adquirida la perfección, mientras que el estado religioso tiende esencialmente á ella, si bien por medios seguros y perfectos.

¡Feliz el religioso que puede no ocuparse más que en su salvación, reconcentrar sobre este gran negocio todos sus esfuerzos y gracias! El sacerdote secular se halla muy distante de tener estas facilidades, porque más bien es para los demás; es un ministro de Dios cerca de las almas, un intermediario; por consiguiente, la vida religiosa es una gracia de misericordia y seguridad.

I. Es, en efecto, la gracia mayor de la misericordia. —Nuestro Señor ve una pobre alma débil, cercada de enemigos, y que no acertará á defenderse y sucumbirá infaliblemente; la llama á la vida religiosa, la encierra en esta ciudadela en que evitará los grandes combates en campo raso; y aquí la rodea de gracias, luces, experiencias y medios de salvación. — La vida religiosa es un favor, un privilegio que la bondad de Dios concede á un alma. Si deseáis comprenderlo, examinaos vosotros mismos. ¡Ah! Si alguna vez bebisteis la mundanal ponzoña, si fuisteis cogidos en los lazos de la vanidad y del pecado; si, en una palabra, habéis experimentado vuestra flaqueza y pesado, en la balanza de vuestras obras lo que podíais, conoceréis cuán grande es la gracia que os lleva á la vida religiosa. No se piensa mucho en este punto de la vocación; es decir, en que es una señal de privile-

giado amor por parte de Jesucristo. — Por eso es menester que nos adhiramos á El, que á El nos aferremos como á la única tabla de salvación, pues tiene probabilidades de perderse el que se aparta de la vida religiosa á que se había abrazado. ¡Cuánta temeridad se contiene en salir de esta fortaleza para exponerse á peligros, de en medio de los cuales nos había sacado la previsora bondad de Dios, porque no podíamos afrontarlos! Desde la celda al cielo, es corto el camino: ¡no lo abandonemos!

Contemplad este favor. — A veces se juzga que es muy meritorio entrar en religión, y se piensa que con ello se ha efectuado una acción heroica. Mas ¡ay! que después de eso todavía salís debiendo á la misericordia, porque allí todo es para vosotros, y de vuestra vida religiosa recibís cien veces más de lo que le habéis dado, pues todo en ella cede en provecho vuestro. — Para vosotros es la ganancia; á vosotros se os sirve y no sois vosotros los que servís; el Instituto de que formáis parte, el superior, los otros miembros, sus gracias, virtudes, santidad y experiencia, la voluntad de Dios respecto á ella, todo eso se os ofrece, y lo usáis como cosa de vuestra propiedad. ¡Oh! Desventurado el que se tuviese por algo en una sociedad y creyera que le debe mucho por haber entrado en ella, y que se constituyese en término de los servicios que ella presta. — No, no; todos nosotros somos agraciados, entendedlo bien; lo que damos es nada en comparación de lo que recibimos, por lo cual debemos amar á nuestro Instituto con amor de gratitud, proclamar que todo se lo debemos, y dar gracias á Dios sin cesar por la misericordia con que nos ha favorecido llamándonos á él.

II. La vida religiosa es una gracia de amor especialísimo, de elección; una gracia extraordinaria, porque á sus discípulos, á los distinguidos de su amor, á los de su elección es á quienes Nuestro Señor dice: «id, vended todo lo que tenéis, y seguidme.»

Todos los medios de la vida religiosa participan de la nobleza de su fin; todas sus gracias son eminentes; sólo gracias extraordinarias recibense en ella, y todo allí se resuelve en llevarnos á santidad poco común, á santidad eminente, por lo que se hace necesario ser allí santo, á menos de ser completamente infiel. No se da allí término medio: todo religioso está llamado á ser un gran Santo y recibe gracias proporcionadas á esta sublime vocación.

Además, todos los medios son allí seguros y probados; empléaronlos los santos y se santificaron usándolos fielmente: el camino está con toda claridad trazado; Dios mismo ó sus ángeles conducen por él; lo cual es, á la verdad, como en el desierto, el gobierno de Dios mismo representado en sus ángeles visibles. Allí os habla Dios por su ley, que es la regla, y por su boca en las órdenes de vuestros superiores. ¡Dichoso pueblo cuyo conductor es Dios, y en medio del cual reside, sin confiar su dirección á nadie más que á sí mismo y á sus ángeles!—Quisieron los judíos tener Jueces y Reyes, y fué para su perdición, por no haber permanecido bajo el régimen inmediato de Dios. ¡De Él disfrutamos nosotros en la vida religiosa; apreciemos debidamente esta gracia, que en el mundo no volveríamos á encontrar!

Además, en la vida religiosa cada cual se auxilia con las gracias de su hermano; se llevan unos á otros, centuplicanse los méritos y fuerza propios con la virtud y méritos de los hermanos. ¿Tenéis

esto en nada? ¡Ah! Si en el mundo se supiera lo que es la vida religiosa, por asalto se entraría en las comunidades y nadie se quedaría en el siglo.

III. Por último, la vida religiosa es una gracia de excedente y singular honor que nos dispensa Jesucristo. — El religioso es á Nuestro Señor lo que moralmente son los Cardenales al Sumo Pontífice; es príncipe de la sangre, familiar de Nuestro Señor.

Confía el Padre su divino Hijo y María á los religiosos, como á San Juan quedó encomendada la Virgen; pone en manos de ellos la salud de las almas; sí, encarga á los religiosos la salvación del mundo; el salvar las almas; el ser víctimas de salvación y de vida para el mundo pertenece á la esencia de la gracia religiosa; erige á los religiosos en apóstoles y jefes de su pueblo escogido. — Y en particular á vosotros, mirad cuánto os honra confiándoos todos esos pobres niños. La educación de personas especialmente queridas no se encarga sino á maestros de confianza y experimentados. Pues bien, mirad cómo os da para que los salvéis, preservéis é instruyáis á los pobres, sus hijos más queridos, en tanto que la vida religiosa os da la plenitud de gracia de vuestro apostolado, el mas bello de todos en la tierra.

Ved si no deberíais ser santos: ¡ay qué triste es mirar la situación en que respecto á la santidad nos encontramos!

Por consiguiente, hemos de santificarnos, poniéndonos á ello seriamente, porque, en verdad, ¿cómo se responderá dignamente á esta expresión: «Dios me ha amado con privilegiado amor,» sino diciendo: «Le amaré sin restricción»?

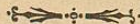
Es tanto mayor vuestra gracia, cuanto que habéis venido desde el origen y fundación de vuestro Ins-

tituto; no tendréis tanta gloria como los que vendrán después, pero tendréis más mérito; vuestros sucesores vivirán con el fruto de vuestros trabajos y sacrificios, mas vosotros vivid de puro amor á Dios é inmolao por vuestra obra: ¡mejor es el Calvario que el Tábor!

Si todavía hay en vuestra congregación cosas indecisas, á medio brotar, poco ordenadas, humildes y pequeñas, amadas; gloria vuestra será no haber sido nada, no haber figurado, y haber servido á Dios y á vuestra obra en las dificultades de la formación.

Tenéis la gracia del tiempo actual. Nuestro Señor, que se manifiesta en el Santísimo Sacramento para salvar al mundo, obrará sobre el pueblo por vuestra mediación. Sabed que el mundo tiene que ser reconstituido por los miserables; porque la mayor parte de los que figuran á la cabeza de las letras, de la ciencia y de los que descuellan por su posición social, están gangrenados por el vicio ó extraviados por el racionalismo y la indiferencia: casi tan poco sirve la fortuna como el vicio.

Por otra parte, el odio de los pequeños, de los que sufren sin Dios, amenaza devorarlo todo con un incendio espantoso, y urge extinguir ese odio, amasar nuevamente ese barro del pueblo é inhalarle el soplo de Jesucristo; es preciso reducir los pobres á Dios y hacer que Dios sea devuelto á los pobres: esa es vuestra misión. ¡Buscad, buscad á los pequeños y dadles á Jesucristo, su Hermano, su Padre y su Salvador!



EL REZO

Su necesidad y su carácter.

Oportet orare, et numquam deficere.
«Hay que orar sin cansarse.»

EL rezo, el rezo incesante, ó, de otra manera, el hábito de rezar es necesario á todo cristiano; por lo cual todos han recibido la gracia de él en el bautismo, y el Espíritu Santo nos inspira que clamemos á Dios: *Abba. Pater*: ¡Padre, Padre!—Este es el don, la gracia y el poder de todos: por manera que nada bueno podemos hacer, ni practicar virtud alguna sin el rezo que nos consigue la gracia del bien y de la virtud; porque el rezo está en el fondo de todas las virtudes, y la misma fe, principio de la justicia, no es sino la práctica del rezo.

Por eso el Profeta daba gracias á Dios porque en medio de sus tribulaciones y caídas le dejaba la facultad de rezar, y decía: «¡Bendito sea el Señor que no apartó de mí ni mi plegaria ni su misericordia!»: *Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam*